

El amigo de los niños

«La Revista nos gusta mucho y nos entretiene, pero casi siempre os ocupáis de las muchachas sin pensar en nosotras», se nos han quejado algunas «mamas», sobre todo las nuevas, las que casi no están todavía acostumbradas a serlo y tiemblan cada vez que tienen que tomar la menor decisión sobre sus niños. Pero ¡ay!, que si os dijéramos que casi son peores las otras, las que han tomado demasiado confianza, y fladas en lo que llaman su «experiencia» someten a sus hijos a las prácticas más absurdas y antihigiénicas... «¡Qué me van a contar a mí, que he tenido catorce hijos!», os dicen. Y es verdad. Pero también lo es que escasamente le viven la mitad. Por eso queremos, desde estas páginas, ayudar a todas las madres que nos lo pidan. La enfermedad sólo puede tratarla un médico. En estos casos sólo a ellos debéis acudir. Existen, sin embargo, pequeños cuidados y detalles que debemos tener con los niños, que pueden evitar muchas enfermedades o mitigarlas cuando estas, por desgracia, lleguen. Abrimos hoy nuestro consultorio sobre los niños. Para acudir a él mandadnos por carta vuestro caso. Esperamos de todo corazón poder seros útiles.

«Madre inquieta».—No lo estés... demasiado. Desde luego abstente por completo de frotar las encías de tu niño con ninguna pasta ni jarabe. Los dientes saldrán ellos solos cuando llegue el momento. Sobre todo, no dejes que esa amiga que se te ha

ofrecido a «romper la encía con la uña» se acerque al niño. ¡Considérala como una mujer peligrosa! La fiebre de que hablas y los trastornos digestivos puedes estar segura que no son de los dientes. Para ellos no dejes de consultar al médico.

«Una que duda».—Nada tiene que ver el invierno con el baño de tu hijo. La única cuestión es que no coja frío. Para ello no debes calentar más el agua, sino procurar que la habitación esté templada. Si tienes alcohol, lo más rápido es quemar un poco en un recipiente cualquiera. Lo más práctico, si tu casa es algo fría, es que el baño se lo des en la cocina. Después del baño puedes darle unas fricciones con colonia o alcohol de romero.

«Mari-Luz». — Porque tengas la gripe o un

poco de anginas, no es razón para que dejes de criar a tu hijo. Sería, como tú dices, una pena, ya que lo estás «haciendo tan bien» y el niño está tan hermoso. Únicamente estos días debes tomar ciertas precauciones, aislándole todo lo posible, no respirando sobre el niño, retirándole en seguida que termine de tomar el pecho y sacándole inmediatamente de la habitación. A pesar de la fiebre, piensa que tu leche es siempre mejor y menos peligrosa que los biberones, y que si dejas de vaciarse el pecho rápida-

mente te quedarás sin leche. Un destete rápido y brusco siempre es peligroso para el niño. Cuidate y que te cures pronto.

«Madre gallega».—Ya sé que es difícil para vosotras ver al médico, pero no dejes de hacerlo en la primera ocasión. Y si pudieras llevar al niño a

la ciudad y que te lo viera un especialista de oídos, mejor. Mientras tanto, te diré primero lo que no debes hacer: echar leche de mujer en el oído del niño es una porquería que no sirve para nada. Y lo que debes hacer: procurar que no coja frío, para lo cual puedes hacerle un gorri-

to de punto que le tape las orejas para cuando salga a la calle.

Siempre que le due'la ponle fomentos, cosa que le aliviará. Si tienes aceite boricado, ponle unas gotas después de calentado al baño de María. Cuida con no quemarle; para ello debes echarle unas gotas antes en el dorso de la mano y así probar la temperatura. Si los oídos le supuran, que duerma sobre el oído enfermo; esto ayudará a la salida del pus. Si tuviera una fiebre alta, llévale, como sea, en seguida al médico. Piensa que de no ser nada las cosas de oídos, pueden pasar a ser muy graves.

«Carmenchu».—Tienes toda la razón y comprendo tu horror cuando a la vuelta de tu viaje has encontrado la cabeza de tu hijo recubierta de esta fea costra. El prejuicio de tu suegra de no querer quitárselo no me sorprende: es, desgraciadamente

bastante corriente. Pero no te desesperes; eso sí, te advierto que debes tener un poco de paciencia, pues tardarás unos días en ver la piel otra vez limpia. He aquí lo que debes hacer: por la noche, embadurna la cabecita con una copiosa capa de vaselina. Puedes ponerle un gorrito flojo o un pañuelo para que no manche mucho la almohada. A la mañana siguiente, jabónale varias veces con agua templada, pero sin restregar con las uñas. Repite diariamente la operación, pero con cuidado de no irritar la piel.

Debes seguir este tratamiento hasta que la piel quede completamente limpia.

¡Ah!, un consejo: aunque firme, no estés desagradable con tu suegra; piensa que la pobre no ha hecho más que lo que sabía, con la mejor de las intenciones.

